

nidad ocupan el lugar intermedio. En la parte reservada á los sospechosos, habia algunos servios miserablemente vestidos, que por encima de las barreras ofrecian á los visitadores algunas mercaderías de poca importancia y de escasísimo atractivo. Entre esos objetos, que se daban por orientales, vimos algunos que tenian la direccion de la calle de S. Dionisio de Paris.

En medio de esos pobres musulmanes notamos un hombre de corta talla, con aire fino y un si es no es descarado, cuyo traje consistia en vestidos europeos un tanto rotos, y el desagradable gorro con que se tapujan los turcos empleados en el servicio público. Ese personaje, que estaba con la pipa en la boca y con aire de importancia, de repente nos dirigió la palabra en italiano, y entablóse un coloquio, en que el semiturco se mostró cáustico, despejado, y sobre todo hombre de mucho asiento. El empleado que nos honraba con su conversacion, era, si hemos de darle crédito, nada menos que el médico particular del Bajá Milosch.

Este príncipe tiene su residencia en una isla inmediata á Orsova, entre dos imponentes brazos del Danubio, y delante de la Servia, sujeta á su dominio, más en gracia de la notable posicion de aquel sitio, que por la solidez de las murallas medio ar-

ruinadas. Pasa el bajá por hombre de altos pensamientos y de saber profundo, y se dice de él que algunas veces deja de ser severo para degenerar en cruel. Durante su adolescencia fué guardian de puerocos, y es muy difícil no volverse un poco orgulloso cuando desde estado tan humilde llega el hombre á otro tan alto.

El sabio médico que teniamos delante, era, segun dijo, no solo médico, sino favorito de su amo. Ese hombre, nacido en Iliria, renegado, con ribetes de pirata, cirujano, farmacéutico, cortesano y harapiiento como un filósofo, era un maestrazo en insolente bellaquería. Ensalzaba las riquezas y el poder de su ilustre protector con inagotable entusiasmo; mas algunos pobres artilleros del bajá atestiguan por sus uniformes hechos un harapo, que las larguezas del príncipe no se estendian hasta el vestido de sus tropas.

Orsova, tan inmediata á los turcos, no debe considerarse completamente segura á pesar de las precauciones sanitarias que se toman en la cuarentena, por cuyo motivo sin duda, las medidas preventivas del contagio son llevadas hasta la persecucion. ¡Ay del hombre que viaja por gusto y que confiado en la comunicacion de Constantinopla á Viena por medio del Danubio escogiese ese difícil camino y

remontase el río! Después de la interminable lentitud de la navegación, en la cuarentena de Orsova expiaría su funesta imprudencia, y una prisión de catorce días prolongaría indefinidamente su viaje. La ciudad de Orsova presenta rasgos muy característicos. Los colonos militares, en su pintoresco desorden, las mujeres, con su aire de indiferencia, y hasta los niños, cuya travesura parece estar en poca armonía con el holgado traje del país; tales son los cuadros de costumbres locales, vistos y observados al paso.

Hemos partido de Orsova en otra barca más grande y más sólida que la anterior, y bien pronto pasamos por delante de Nueva Orsova ó Ada-Galéh (isla fortificada) según la llaman los turcos. Esta plaza de armas, residencia favorita del bajá, ocupa en efecto, una isla llana, situada agradablemente y cubierta de verdor y de vegetación, en medio de la cual aparecen grupos de paredones y de murallas en el más deplorable estado. En esa fortaleza no se nota ningún plan regular, y el sistema de su construcción, resultado del ignorante empeño de más de un bajá, no está conforme con ninguna regla del arte. En la margen sérvia, una gruesa torre fortificada y flanqueada de baluartes y baterías rasantés, se une con la defensa de Ada-Galéh, aseguran-

do de esta suerte á la Servia todo el brazo del Danubio que baña la parte derecha de la isla. Dejadas finalmente atrás una y otra fortaleza, entramos en el espumoso lecho en que el Danubio gira sobre sí mismo con una especie de furor, y va redondeando la punta de las peñas de que está erizado su lecho poco profundo. El paso, verdaderamente peligroso, no dura menos de veinte minutos: el estruendo de las aguas irritadas, la belleza salvaje de los montes vecinos y la vasta perspectiva que se presenta á lo lejos hacen muy imponente ese rápido trayecto.

A poco rato el encolerizado río recobra su marcha majestuosa, se esplaya radiante y cual si deseara reposar de sus tormentas y agitaciones, entre las distantes playas de la Valaquia y de la Servia. Desde ese sitio hemos descubierto en la desnuda margen de la Valaquia, algunas miserables barracas, cuya reunión se llama Skéla: y delante de ella en la margen turca está edificada Cladova.

Aquí termina nuestra navegación peligrosa, pues desde este punto el Danubio será un río sin riesgos y sin obstáculos. El grande buque de vapor *Argo*, que está anclado más abajo de la árida costa, solo esperaba nuestra llegada para lanzarse por sobre esa ancha sábana de agua que pertenece ya á la Turquía.

El primer aspecto de la Valaquia en la cual acabábamos de entrar, no era tal que bastara á seducirnos, pues el viajero que aguarda en Skéla la partida del buque de vapor, ve tan solo una campiña desnuda y desolada, y algunas chozas hechas de malezas y de barro. Aprovechamos, no obstante, el tiempo, yendo á visitar á Tchernecz, pequeña ciudad, situada á cosa de una legua en el interior, y hemos de confesar que de pronto, su aspecto, del todo oriental nos ha sorprendido. La ciudad se reduce á una larga y tortuosa calle guarnecida de tiendas y de colgadizos que contribuyen á estrecharla. Todas esas tiendas están sucias y presentan á los ojos del viandante géneros muchas veces nauseabundos. Como era domingo, no habia quien trabajase. Los hombres fumaban, puestos en cucullas, en las puertas de sus casas, y las mujeres, algo lejos de ellos, perezosamente sentadas en el suelo sobre una pierna y con la otra rodilla pegada á la barba, ocupábanse en vanas y tranquilas conversaciones. Aunque estraña esta postura es graciosa, y hay en ella cierto abandono armónico con la lánguida fisonomía de la mayor parte de las jóvenes. Las costumbres del pueblo se parecen mucho á las orientales, y al ver esos rostros graves, inmóviles, con los ojos rasgados y algo opacos, adivina uno

que la Turquía está en la otra márgen, y que ha dejado en Tchernecz el sello de sus costumbres para largo tiempo. Hemos presenciado una danza valaca muy original y característica: seis hombres enlazados por los brazos y formando una sola línea, ejecutaban de derecha á izquierda y de izquierda á derecha alternativamente, un movimiento de marcha, cuyos pasos sencillos ó complicados, segun el gusto y los conocimientos del bailador, marcaban pesadamente el compas, siguiendo el aire de dos ásperos violines. En esta figura, los dos corifeos que dirigen la cuadrilla á derecha ó izquierda, apoyan en un gran baston el brazo desocupado, y á ellos corresponde particularmente embellecer con gracias y *fioriture* esa danza, que tiene un carácter varonil y severo. Un jóven sargento válaco, desempeñaba con admirable lucimiento esta tarea importante: llevando la cabeza alta y erguida, arrebatava toda la cadena de bailadores, y de cuando en cuando dirigia una mirada de orgullo á sus piernas que agitaba con una viveza y precision ajustadas siempre al compas. Eran los músicos dos gitanos de aquella raza numerosa y vagabunda, conocida en Valaquia con el nombre de *Tsiganos*. El uno de ellos era un tipo de tan admirable belleza, que nos causó lástima ver que el sargento, tan dies-

tro en la danza, daba rapetidos palos á ese hombre de noble é interesante figura, demasiado bella para cobijar un alma degradada, y que sin embargo, no espresaba otro sentimiento que una sumision estúpida.

Vueltos de Tchernez despues de medio dia, encontramos el *Argo* espuesto á un ataque de género de todo punto nuevo. Los habitantes de Skéla arrojaban á porfia sobre el puente una nube de tortugas terrestres, y con ese bombardeo se divertian á más y mejor, sitiados y espugnadores.

Nuestro proyecto no era ir por el rio hasta Galatz, que es el paradero inferior de la empresa de los vapores del Danubio, sino dejar el *Argo* en la ribera de la Valaquia, al pié de una antigua fortaleza llamada Giurjevo, para trasladarnos desde allí á Bukharest. Ese buque hubiera navegado mucho mejor que el de Pesth, á no llevar á remolque una inmensa barca cargada de carbon para abastecer uno de los depósitos. Durante todo el dia 10, que fué sombrío y lluvioso, y en el cual hizo un viento terrible, el peso de esa mole nos estorbó mucho, sin perjuicio del riesgo que por ella corrieron no pocas veces uno y otro barco. Un golpe de agua se llevó buena parte de la proa de la barca, y fué necesario perder mucho tiempo á fin de reparar la

avería. Para colmo de desgracias el capitán, que era italiano, no podia darse á entender á la tripulacion válaca y húngara. Fuerza es repetirlo por el interes de la compañía de los vapores del Danubio; la sociedad no tendrá un porvenir seguro hasta que se ocupe muy de propósito de la organizacion ahora incompleta, y que haya garantizado á los viajeros, rapidez en el servicio, seguridad entera y el bienestar que todos los pasajeros tienen derecho á exigir de una empresa cuyos servicios pagan.

Pronto pasamos por delante de Widdin, que disfrutaba de buena salud, pero que quizás la pierda dentro de pocos dias, pues tiene la peste en las puertas. Favorecidos por una corriente furiosa, apenas alcanzamos á ver algunas fortificaciones en buen estado, por encima de las cuales alza sus innumerables ventanas con celosías y sus irregulares balcones el harem de Seid-Bajá; quien segun nos contaron tiene cien mujeres, las cuales aguardan con la mayor indiferencia que la terrible peste aclare sus filas y deje alguna vacante en el favoritismo del amo. Abundan en Widdin los edificios casi elegantes y mezclados con arbustos, y toda la ciudad está erizada de esos altos y delgados minaretes que á cosa alguna pueden compararse mejor que á una vela tocada con un apagador de plata. Alguna tro-

pa bastante bien vestida, un pequeño astillero y algunas barcas de guerra alineadas en la playa atestiguan los desvelos de un gefe vigilante y activo, digno de gobernar aquella importante plaza que contiene treinta mil habitantes.

Un inmenso espacio de tierra horrible, desolada y sin vegetacion, separa Widdin de Lon-Palanka, primera ciudad de la Bulgaria, y un poco mas allá está Oréava, víctima en estos momentos de una mortífera peste.

Cuando nos vimos libres de la incómoda y peligrosa barca que remolcábamos, deseoso el capitán del *Argo* de recobrar el tiempo perdido tomó la resolución de no arribar aquella noche; y confiado en la práctica de un excelente piloto húngaro nos hizo navegar por medio de las muchas islas del Danubio en que el rio se abre mil pasos de tanta anchura que por algunos momentos ofrece el aspecto de un mar. Szystow, y Ruschuk son las últimas ciudades de la Bulgaria que vimos en la márgen derecha, teatro de todos los estragos de la guerra en época reciente y diezmadas hoy por otra plaga, porque esta es la patria de todas ellas. Bien pronto el *Argo* singlando hácia la márgen izquierda para atravesar la vasta estension del Danubio y lamiendo sus bajas islas, en las cuales el ruido del barco hace le-

vantar millares de pelícanos, de cuervos marinos y de cigüeñas, nos deja en la tierra del principado de la Valaquia y bajo las derruidas murallas de Giurjevo.

Una ribera muy pendiente, por la cual, á duras penas y á fuerza de caballos, pudieron izarse nuestros coches y equipaje, recibió muy luego toda la caravana algo fatigada de esta última y monótona parte de nuestra navegacion. Después de muy largas y fastidiosas diligencias, y de tres horas de idas y venidas, pudimos lograr que para trasladarnos á Bukharest se pusiesen á nuestra disposicion todos los caballos de posta que Giurjevo reunia en un cercado en donde viven al aire libre. Juntaron por fin veinticuatro que solo servian para dos coches. Los caballos son pequeños, delgados, y no pertenecen á ninguna raza, de suerte, que pueden calificarse de verdaderos rocines; pero tienen una viveza y una energía tan singulares, que vuelan como una flecha. Los atan con dos sencillas cuerdas que les sirven de tirantes y se reunen en el pecho por medio de una cincha. Da vuelta á su cabeza otra cuerda mas delgada en forma de cabestro; y como no llevan bocado, ni herraduras, el animal está enteramente libre. Cuando en el intermedio de una casa de postas á otra se fatigan, los postillones

desmontan, les frotan los ojos, y les tiran las orejas creyendo que esto les sirve de descanso. Doce de esos caballos fueron atados de dos en dos á cada uno de nuestros carruajes. De repente, estimulados por los largos y agudos gritos de los postillones, especie de salvajes medio desnudos, nos arrebataron al traves de las llanuras cortadas por ramblas, torrenteras, arroyuelos y lodazales sin fondo, y la misma tarde nos llevaron á Bukharest. Algunos compañeros se habian quedado aguardando la vuelta de los caballos, y aprovecharon ese tiempo para observar todo lo que la solemnidad de la fiesta de S. Pedro, en cuyo dia llegamos á Giurjevo, ofreció en materia de diversiones, y yo les encargué la descripción de esas ruidosas fiestas.

### CAPÍTULO III.

#### BUKHAREST.--VALAQUIA.

La vasta llanura que se estiende entre Giurjevo y Bukharest está cruzada con frecuencia por barrancos bastante profundos, que en tiempo de lluvias se convierten en torrentes, peligrosos para los viajeros. Más de una vez hemos corrido riesgo de quedarnos con nuestros carruajes atascados en los fangosos aguazales en que el camino tiene por único cimientó algunas ramas de árboles atravesadas. Desgraciado el carruaje que los caballos dejasen metido en ese negro barro, pues trascurriría mucho tiempo antes que recibiera socorro. Verdad es que en esos tristes caminos los viajeros son tan pocos como los pueblos, si tal nombre merece la mas pequeña reunion de chozas de ramaje y de adobe, que cubren una especie de madriguera, en donde